
Jesús Morales Bermúdez

Es filósofo, escritor y Doctor en Antropología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (México). Actualmente es miembro del cuerpo académico «Sociedad y cultura en fronteras» de la UNICACH (México) y forma parte de los proyectos de investigación «Migraciones y fronteras en las literaturas mexicana y centroamericana (Red de investigaciones Teórico literarias RITELI)» y «Literaturas en frontera: discursos narrativos de las regiones excéntricas al poder y su expresión de los procesos políticos y simbólicos de sus sociedades». Es autor también de una amplia producción literaria que ha sido publicada en el año 2007 con el título de *Obra literaria reunida*, México, UNICACH.

EVOCACIÓN PERSONAL Y LITERARIA DE JOSÉ MARÍA ARGUEDAS EN LA MEMORIA Y VIDA DE UN ESCRITOR

JESÚS MORALES BERMÚDEZ
CESMECA-UNICACH (México)
mobj47@hotmail.com

RESUMEN

Este texto es un homenaje a José María Arguedas formulado por Jesús Morales Bermúdez, otro novelista y antropólogo, en el que se subrayan las similitudes entre los universos sociales, emotivos y novelísticos de ambos autores. La comparación con la obra del japonés Jasunari Kawabata señala, más allá de la realidad americana, la dimensión universal de sus obras. En estos tres autores, el acto de la escribir está asociado a la memoria. Es la memoria tanto el motor como el hilo que recorre la escritura de los tres narradores.

Palabras clave. Arguedas, Kawabata, Morales Bermúdez, narrativa, memoria.

ABSTRACT

This text is a homage to José María Arguedas by another novelist and anthropologist, Jesús Morales Bermúdez, underlying the similarities of social, emotional and novelistic universes in their writings. The additional comparison with the work of Jasunari Kawabata points out the universal dimension of Argueda's writing. Thus, the act of writing is associated with memory in the case of all three writers. This memory is a common thread which connects all three narrators.

Keywords. Arguedas, Kawabata, Morales Bermúdez, narrative, memory.

Introducción

Esta es una evocación a un escritor a quien he admirado a lo largo de los años, una evocación a los mundos y memorias de ese escritor a quien he admirado a lo largo de los años, la evocación de otro escritor, desde las evocaciones memoriosas de que se nutre la literatura. Conlleva mi participación, entonces, la salpicadura de cuitas y, antes que proponerse como análisis literario, se adentra en los telones de la línea testimonial. El título que escogí podría conducirme ordenadamente, pensé en un primer momento, pues, como Arguedas, yo mismo he hecho antropología, creo, y literatura, creo; y como él, me fue

dado compartir parte sustancial de mi vida entre comunidades y pueblos de indios, entre quienes fui adoptado en hermandad y, en ocasiones, como un mayor a quien se debe respeto y retribución de consejo. Las lindes de transformación humana y la permanencia de formas de vida indias en la estructura personal en Arguedas, en mí mismo, es otra de las colaterales en diálogo. Frente a los propósitos de evocación, desfilaron por mi mente dos textos propios con los que podría ejemplificar: *La espera* (Morales Bermúdez, 1994) y «La castalia» (Morales Bermúdez, 2000), y mil ideas e imágenes me poseyeron. Los días, sin embargo, pasaban y no podía dar forma a lo imaginado. Peor todavía: cuando trataba

de organizar un esquema cuyos puntos permitieran ponderar las diferencias entre los ejercicios literario y antropológico no podía sino topar con la inutilidad del esquema. Me presento, pues, ante ustedes como ignorante en antropología y en literatura; atrevido, en todo caso, por cultivarlas ambas. Desde sus orillas, vaya mi evocación.

1

He vivido la vida con un tanto de soltura, de inasibilidad. He reflexionado y reflexiono sobre los sentidos de esa manera de vivir y de aquella otra un tanto más organizada y previsora en la que se mueven personas en general exitosas para con los propósitos de sus propias vidas. Pero el destino es así: trino, tino, sino, errancia.

Desde los días de mi niñez he sentido gusto por los caminos. A donde quiera me han invitado, he acudido allí, con el afán de conocerlo todo, de hurgar, de llenar mis ojos con lo imprevisto. Es como en la novedad conocer el principio (Morales Bermúdez, 2007, p. 397),

dice el protagonista de una novela de la selva.

Pues bien:

En el otoño de mis veinticuatro años conocí a una muchacha en una posada a orillas del mar. Fue el comienzo del amor./ De repente la joven irguió la cabeza y se tapó la cara con la manga [...] Ante su gesto, me dije: la he disgustado con mi mal hábito. Me sentí avergonzado, y mi pesadumbre se hizo evidente [...] Desde hace mucho tenía ese hábito de fijar la vista en quien estuviera a mi lado, para su disgusto. Muchas veces me había propuesto corregirme, pero sufría si no observaba los rostros de quienes estaban cerca. Me aborrecía al darme cuenta de que lo estaba haciendo. Tal vez el hábito venía de haber pasado mucho tiempo interpretando los rostros ajenos, tras perder a mis padres y mi hogar cuando era un niño y verme obligado a vivir con otros. Tal vez por eso me había vuelto así, pensaba./ En cierto momento, con desesperación traté de definir si había desarrollado esa costumbre después de haber sido adoptado o si ya existía antes, cuando tenía mi hogar. Pero no encontraba recuerdos que pudieran aclarármelo./ Fue entonces, al apartar los ojos de la muchacha, que vi un lugar en la playa bañado por el sol de otoño. Y ese lugar soleado despertó un recuerdo durante largo tiempo

enterrado./ Tras la muerte de mis padres, viví solo con mi abuelo durante casi diez años en una casa en el campo. Mi abuelo era ciego. Años y años se sentó en la misma habitación tras un brasero de carbón, en el mismo rincón, vuelto hacia el este. Cada tanto volvía la cabeza hacia el sur, pero nunca al norte. Una vez me di cuenta de ese hábito suyo de volver la cara en una sola dirección, me sentí tremendamente desconcertado. A veces me sentaba largo rato frente a él observando su rostro, preguntándole si volvería hacia el norte al menos una vez. Pero mi abuelo volvía la cabeza hacia la derecha cada cinco minutos como una muñeca mecánica, fijando la vista solo en el sur. Eso me provocaba malestar. Me parecía misterioso. Al sur había lugares soleados, y me pregunté si, aun siendo ciego, podía percibir esa dirección como algo un poco más luminoso./ Ahora, al mirar la playa, recordaba ese otro lugar soleado que tenía olvidado./ Por aquellos días, fijaba la mirada en mi abuelo esperando que se volviera hacia el norte. Como era ciego, podía observarlo fijamente. Y ahora me daba cuenta de que así se había desarrollado mi costumbre de estudiar los rostros. Y que ese hábito ya existía en mi vida familiar, y que no era vestigio de servilismo. Ya podía tranquilizarme en mi auto-compasión por esa costumbre. Aclarar la cuestión me provocó el deseo de saltar de alegría, tanto más porque mi corazón estaba colmado por la aspiración de purificarme en honor de la muchacha,

evoca constructivamente el escritor japonés Yasunari Kawabata en su relato «Hinata» o «Lugar soleado» (2011, pp. 13-15), en la comprensión de los caminos de su escritura. Destino de peregrinaje el suyo.

Y en similar peregrinación, evoca Arguedas (1985, pp. 32-78) a su padre:

Un día mi padre me confesó, con ademán aparentemente más enérgico que otras veces, que nuestro peregrinaje terminaría en Abancay./ Tres departamentos tuvimos que atravesar para llegar a esa pequeña ciudad silenciosa. Fue el viaje más largo y extraño que hicimos juntos; unas quinientas leguas en jornadas medidas que se cumplieron rigurosamente. Pasó por el Cuzco, donde nació, estudió e hizo su carrera, pero no se detuvo; al contrario, pasó por allí como sobre fuego./ Cruzábamos el Apurímac, y en los ojos azules e inocentes de mi padre vi la expresión característica que tenían cuando el desaliento le hacía concebir la decisión de nuevos viajes. Mientras yo me debatía en el fuego del valle, él caminaba silencioso y abstraído [...] Después de varios años de haber viajado juntos, yo debía que-



José María Arguedas



Rosario Castellanos



Pablo Neruda

1
En términos personales, dos relatos se inscriben en esta tesis: «El viaje» (2007, pp. 499-503) y «Las dichas de don Diego» (2007, pp. 463-467).

2
Vid. Giovanni Batista Vico, *Autobiografía* (1948), Giacomo Casanova, *Memorias*, (1982); Pablo Neruda, *Confieso que he vivido* (1995).

3
No en balde el capítulo V de *Los ríos profundos*, «Puente sobre el mundo», se abre con el epigrama arguediano: «¡Pachachaca! Puente sobre el mundo significa este nombre». Como decir, sobre el puente del mundo les cuento el mundo.

Evocación personal y literaria de José María Arguedas en la memoria y vida de un escritor

JESÚS MORALES BERMÚDEZ

darme, y él se iría solo. Como todas las veces, alguna circunstancia casual decidiría su rumbo. ¿A qué pueblo, y por qué camino? Esta vez él y yo calculábamos a solas. No tomaría nuevamente el camino del Cuzco; se iría por otro lado de la quebrada, atravesando el Pachachaca, buscando los pueblos de altura. De todos modos empezaría bajando hacia el valle. Y luego subiría a la cordillera de enfrente; vería Abancay por última vez desde un abra muy lejana, de una cumbre azul donde sería invisible para mí. Y entraría en otro valle o pampa, ya solo; sus ojos no verían del mismo modo el cielo ni la lejanía, trotaría entre las piedras y los arbustos sin poder hablar, y el horizonte, en las quebradas o las cimas, se hundiría con más poder, con gran crueldad y silencio en su interior. Porque cuando andábamos juntos el mundo era de nuestro dominio, su alegría y su sombra iban de él hacia mí [...], pero no; no podría quedarse en Abancay. Ni ciudad ni aldea. Abancay desesperaba a mi padre [...] En esos días de confusión y desasosiego, recordaba el canto de despedida que me dedicaron las mujeres, en el último ayllu donde residí, como refugio, mientras mi padre vagaba perseguido./ Huyendo de parientes crueles pedí misericordia a un ayllu que sembraba maíz en la más pequeña y alegre quebrada que he conocido. Espinos de flores ardientes y el canto de las torcazas iluminaban los maizales. Los jefes de familia y las señoras, mamakunas de la comunidad, me protegieron y me infundieron la impagable ternura en que vivo./ Cuando los políticos dejaron de perseguir a mi padre, él fue a buscarme [...] y bajó después a la quebrada. Se emborrachó con los indios, bailó con ellos muchos días [...] Salimos del caserío y empezamos a subir la cuesta. Las mujeres cantaban el jarahui de la despedida (¡No te olvides, mi pequeño,/ no te olvides!/ Cerro blanco,/ hazlo volver;/ agua de la montaña, manantial de la pampa/ que nunca muera de sed. Halcón, cárgalo en tus alas/ y hazlo volver./ Inmensa nieve, padre de la nieve,/ no lo hieras en el camino./ Mal viento,/ no lo toques./ Lluvia de tormenta,/ no lo alcances./ No, precipicio, atroz precipicio,/ no lo sorprendas!/ ¡Hijo mío,/ has de volver,/ has de volver!). No importa que llores. Lloro hijo, porque si no, se te puede partir el corazón –exclamó mi padre, cuando vio que apretaba los ojos y trotaba callado [... Una tarde], yo tenía el corazón aturdido, febril, excitado por los agujones de los insectos, por el ruido insignificante de sus alas, y la voz envolvente del gran río. Pero volví los ojos hacia el alto mirador de la casa-hacienda, y vi a una joven delgada, vestida de amarillo, contemplando las negras rocas del precipicio de enfrente. De esas rocas negras, húmedas, colgaban largos cactus cubiertos de salvajina. Aque-

lla noche dormimos entre unas cargas de alfalfa olorosa, cerca de la cuadra de los caballos. Latió mi rostro toda la noche. Sin embargo, pude recordar la expresión indiferente de aquella joven blanca; su melena castaña, sus delgados brazos apoyados en la baranda; y su imagen bella veló toda la noche en mi mente./ La música que oí en la residencia de Patibamba tenía una extraña semejanza con la cabellera, las manos y la actitud de aquella niña. ¿Qué distancia había entre su mundo y el mío? ¿Acaso la misma que mediaba entre el mirador de cristales en que la vi y el polvo de alfalfa y excremento donde pasé la noche atenaceado por la danza de los insectos carnívoros?/ Yo sabía, a pesar de todo, que podía cruzar esa distancia, como una saeta, como un carbón encendido que asciende. La carta que debía escribir para la adorada Markask' llegaría a las puertas de ese mundo. «Ahora puedes escoger tus mejores palabras –me dije–. ¡Escribirlas!» No importaba que la carta fuera ajena, quizás era mejor empezar de ese modo. «Alza el vuelo, gavilán ciego, gavilán vagabundo,» exclamé./ Un orgullo me quemaba. Y como quien entra a un combate empecé a escribir¹.

La escritura, el acto de escribir en estos autores está asociado a la memoria y, en medida diferente a las obras de quienes repiensen la trayectoria de sus vidas y las proponen en anales denominados memorias, tal Giovanni Batista Vico, Casanova o Neruda², tanto Kawabata como Arguedas, detienen la lente estética de su escritura en la luz radiante de su memoria. Es la memoria, como ocurre con el escritor evocativo, la que proporciona la materia literaria, la materia estética con la cual se pugna por volverlas hacia los otros también memorable. Un ejemplo, entre los tantos de Arguedas (1985, p. 216):

Prendí mi memoria de la imagen del puente Pachachaca³, de la imagen de la opa, feliz en lo alto de la torre, con el reboso de doña Felipa a su costado, para no lanzarme contra la pared, cegado por el sufrimiento. Y recordé en seguida a Prudencio, y al soldado a quien acompañé en la calle, porque iba cantando entre lágrimas una canción de mi pueblo.

La memoria como hilo de la escritura, como su necesidad, envuelve sus años de hombre adulto. Lo dice en alguna parte: «Yo comencé a escribir porque tenía una necesidad irresistible de enunciar, de describir el mundo que yo había vivido en la infancia» (Díaz Ruiz 1991, p. 36).

2

He ahí pues, una nominación electiva de la memoria. Desde la memoria, los dos autores recorren aquel momento crucial y definitivo de sus existencias, la infancia, desde miradas a la vez infelices que paradisíacas, dándole ambos a la infancia el carácter de crisol de su sensibilidad artística, ponderando el universo de la orfandad. La orfandad de sus existencias, por muerte de ambos padres en uno; por muerte de la madre y ausencia del padre en el otro, les permite miradas del mundo con ojos de nostalgia. Es como verse desarraigados de cualquier lugar, amando tanto cada lugar; es como ver lo promisorio de la belleza, de la ternura, y experimentar como en el dejo de un guiño de los ojos su pulverización, sus esquiras dispersándose sin vuelta. Pero han visto el instante, se han visto en él. Heridos, acogidos por la calidez y solidaridad humanas traspasan la herida en cicatriz, la cicatriz en memoria, la memoria en escritura. El mundo y sus bondades se han ido. Quizás para Kawabata el Japón de sus predecesores agonizaba al embate de la guerra y la modernidad, sin posibilidad de preservarlo él, el Prometeo de las letras, o mejor, un Edipo en Colono, sabio desde la ceguera; quizás para Arguedas la nevadura telúrica de la naturaleza se asomara a los estertores de la explotación capitalista y se quejara sin resignación ante el acoso.

Usted no conoce la sierra –dice en uno de sus escritos–. Es otro mundo. Entre las montañas inmensas, junto a los ríos que corren entre los abismos, el hombre se cría con más honduras de sentimientos; en eso reside su fuerza. El Perú es allá más antiguo. No le han arrancado la médula (1974, p. 105)⁴.

Pero se la arrancan y Arguedas, el ya citado Arguedas, el hombre de letras, no Prometeo él, antes bien Neptuno, permanecerá en la evocación de danzas de indios, de danzas de zorros. Y el final les alcanzará a ambos en similar manera: Kawabata evocará perdurablemente las montañas nevadas, espejos del Fuji y, sobre todo, los espacios de calma y luminosidad en que anida el conocimiento; Arguedas los ríos, tal el Pachachaca. Dice, por ejemplo Kawabata (2011, pp. 151-152):

Hace tanto que no salgo de casa que me he olvidado de cómo susurran las hojas de bambú [...] Ya

lo sabes, la escalera de la casa en la que vivimos es tremendamente angosta. Cuando nos mudamos, casi no me atrevo a subirla. Ahora, justo cuando me he acostumbrado a ella, me dices que otra vez vamos a ver una casa nueva. Un ciego conoce todos los rincones de su casa. Está tan familiarizado con ella como lo está con su propio cuerpo. Para alguien que ve, la casa es algo muerto, pero para un ciego está viva, tiene una pulsación. Ahora ¿chocaré otra vez contra las columnas y tropezaré con el umbral de una nueva casa? [...] Pero al empujar la puerta de entrada, el hombre retrocedió cegado por una luz deslumbrante. –Es maravilloso. Hay tanta luz. Tal vez sea de noche en el jardín, pero dentro es de día.

Por su parte Arguedas (1985, pp. 60-61) exclamará:

El río, Pachachaca temido, aparece en un recodo liso, por la base de un precipicio donde no crecen sino enredaderas de flor azul. En ese precipicio suelen descansar los grandes loros viajeros; se prenden de las enredaderas y llaman a gritos desde la altura./ Hacia el este, el río baja en corriente tranquila, lenta y temblorosa [...] Parece un río de acero líquido de azul sonriente, a pesar de su solemnidad y de su hondura [...] El puente del Pachachaca fue construido por los españoles. Tiene dos ojos altos, sostenidos por bases de cal y canto, tan poderosos como el río [...] Sobre las columnas de los arcos, el río choca y se parte, se eleva el agua lamiendo el muro, pretendiendo escalarlo, y se lanza luego en los ojos del puente. Al atardecer, el agua que salta de las columnas, forma arcoíris fugaces que giran con el viento./ Yo no sabía si amaba más el puente o al río. Pero ambas despejaban mi alma, la inundaban de fortaleza y de heroicos sueños. Se borraban de mi mente todas las imágenes plañideras, las dudas y los malos recuerdos./ Y así, renovado, vuelto a mi ser, regresaba al pueblo; subía la temible cuesta con pasos firmes. Iba conversando mentalmente con mis viejos amigos lejanos [...] que me criaron, que hicieron mi corazón semejante al suyo [...] Debía ser como el gran río: cruzar la tierra, cortar las rocas; pasar, indetenible y tranquilo, entre los bosques y montañas; y entrar al mar, acompañado por un gran pueblo de aves que cantarían desde la altura [...] ¡Como tú, río Pachachaca! –decía a solas⁵.

La infancia, sin embargo, no les es tema literario, a la manera de escritores que construyen esos momentos: Tolstoi, por ejemplo, don Miguel de Unamuno, más recientemente Sándor Marai o Alejandro Rossi. Tampoco

4

Véase Jesús Morales Bermúdez, *Memorial del tiempo o vía de las conversaciones* (1997), particularmente el Prólogo.

5

El autor de este trabajo, retrajo en una novela la evocación de su protagonista: «Cuando mi primera madrugada en la selva, mis ojos vivieron el espanto. Hijo soy de tierra fría, acostumbrado a mirar el sol en lo alto. La montaña se eleva y se eleva el sol, coronando la transparencia de un cielo intenso, invitación al recogimiento. Lo viví durante toda mi vida y solo en su envés entendí aquello como morada de la Santa, bóveda instaurada por el *Hijo de Montaña*. La luna se solaza en esa región, se muestra como en los sueños de mi abuelo. La selva, en cambio, mira nacer el sol en lo bajo, al ras casi del suelo, ausencia como es de montaña. Lo vi allí, dúctil, accesible casi para las yemas de mis dedos y luego del espanto comprendí la reconciliación del mundo y de los elementos hacia su herencia en mí, de mi abuelo, de mi padre, de mi familia. En la suave dulzura, su fruto, me complazco, bien yendo en las madrugadas nebulosas a abreviar a mi ganado, bien en los trabajos de mi milpa o en la recolección de mis chilares. *La vida es buena conmigo y estoy contento*»; cfr. Morales Bermúdez (2007, p. 394).



6
León Tolstói, *Infancia, adolescencia y juventud* (1956); Miguel de Unamuno, *Recuerdos de niñez y mocedad* (1951), Sandor Marai, *Confesiones de un burgués* (2006), Alejandro Rossi *Edén, Vida imaginada* (2006), Rosario Castellanos *Balún Canán* (1957), Luis Coloma *Pequeñeces* (1916).

7
José María Arguedas, *Los ríos profundos* (1985, p. 14).

8
Primer encuentro de narradores peruanos. *Arequipa 1965* (1969).

9
Desde la evocación del autor Morales Bermúdez, el peso pecaminoso y pulsional de sexualidad a flor de piel, de vientre, de razón, puede encontrarse en los relatos «Por los senderos de lo incierto» y «Helena», ambos en *Obra literaria reunida* (2007), pp. 504-534.

Evocación personal y literaria de José María Arguedas en la memoria y vida de un escritor

JESÚS MORALES BERMÚDEZ

les es recurso desde el cual narrar la historia, a la manera de Rosario Castellanos en *Balún Canán*. Ni es la historia de un niño y sus peripecias, como en los cuentos de Luis Coloma⁶. Se trata de la niñez en mimesis con la naturaleza y con la vida; la niñez como estructura dorsal y verbal del universo narrativo: un momento naturaleza, otro momento evocación, otro momento lenguaje y sensualidad. Y más allá de todo, en Arguedas, ser él mismo, y ese ser él mismo, la narración. Como decir que la novela, los cuentos arguedianos son novelas y cuentos pero son el propio Arguedas y, a través de él, el mundo complejo, doloroso, difuso, angustioso de los indios, mestizos, mistis, en que cohabitan, también, la naturaleza, las aves, los animales, los elementos. Mímesis, simbiosis, como «el canto [que] se acrecentaba, atravesaba los elementos; y todo se convertía (a la manera de Aladino) en esa música cuzqueña, que abría las puertas de la memoria»⁷.

Pero hemos hablado ya de la memoria. Memoria e infancia. Memoria e infancia, que son sensualidad. Sensualidad, sentidos, olores, sonidos, colores, sensaciones, arrebatos de la tierra que se expresa en borrascas, tormentas, desbordes, nubes y aves; guturalidad y onomatopeya transmutadas en lenguaje. Pero la sensualidad es sexualidad también, y erotismo.

3

A la imagen etérea y fugaz «de aquella niña» que le indujo a «escribir la carta para la adorada Markask'a», como anotamos atrás; al manifiesto claro de que «La primera narración que escribí fue relativa a una peripecia muy triste de mi primer amor frustrado, se llama "Warmá kuyay", que quiere decir "amor de niño"»⁸, expresiones de delicadeza femenina, admiración por la delicadeza femenina, siempre acodada en la devoción y en la distancia, la dolorosa distancia cedazo del alma, en metáfora luminosa del ejercicio escritural del autor; a la distancia de esa mirada diáfana en su romanticismo adolescente, se apresta otra mirada, feroz, con sus garras afiladas sobre el pecho. El pesar de la pecaminosidad y de la culpa. El pesar de la carne y su necesidad bruta, absurda de desfogarse en lo abyecto, en la deyección. Cuenta:

Ciertas noches iba a ese patio, caminando despacio, una mujer demente, que servía de ayudante en la cocina. Había sido recogida en un pueblo próximo por uno de los Padres./ No era india, tenía los cabellos claros y su rostro era blanco, aunque estaba cubierto de inmundicia. Era baja y gorda. Algunas mañanas la encontraron saliendo de la alcoba del Padre que la trajo al Colegio. De noche, cuando iba al campo de recreo, caminaba rozando las paredes, silenciosamente. La descubrían ya muy cerca de la pared de madera de los excusados, o cuando empujaba una de las puertas. Causaba desconcierto y terror. Los alumnos grandes se golpeaban para llegar primero junto a ella, o hacían guardia fuera de los excusados, formando una corta fila. Los menores y los pequeños nos quedábamos detenidos junto a las paredes más próximas, temblando de ansiedad, sin decirnos una palabra, mirando el tumulto o la rígida espera de los que estaban en la fila. Al poco rato, mientras aún esperaban algunos, o seguían golpeándose en el suelo, la mujer salía a la carrera, y se iba. Pero casi siempre alguno la alcanzaba todavía en el camino y pretendía derribarla. Cuando desaparecía en el callejón, seguía el tumulto, las imprecaciones, los insultos y los pugilatos entre los internos mayores./ Jamás peleaban con mayor encarnizamiento; llegaban a patear a sus compinches cuando habían caído al suelo; les clavaban el taco del zapato en la cabeza; en las partes más dolorosas. Los menores no nos acercábamos mucho a ellos. Oíamos los asquerosos juramentos de los mayores; veíamos cómo se perseguían en la oscuridad, cómo huían algunos de los contendores, mientras el vencedor los amenazaba y ordenaba a gritos que en las próximas noches ocuparan un lugar en el rincón de los pequeños⁹ (Arguedas, 1985, pp. 49-50).

El erotismo, la sensualidad y sexualidad, anhelaría Arguedas (1985, p. 22), tendrían que ser «como las piedras del Inca Roca. Dicen que permanecerán hasta el juicio final; que allí tocará su trompeta el arcángel [...] No mueren. Llegarán al juicio final», como las aves que dan vueltas sobre las fortalezas. O, en inverso, y pensando, también, en el limo de la tierra, podría ser como «La frágil vasija (Yowaki utsuwa)», como evoca Kawabata de la epístola de Pedro, capítulo 3: «Honra a la mujer tanto como a la más frágil vasija». Y frágil, en la fragilidad se entristece Kawabata (2011, pp. 29-31) cuando construye su relato «El anillo (Yubiwa)», en que:

Una niña estaba desnuda en la tina que había sido excavada en una parte de la roca./ Calculando que

tendría unos once o doce años, él no se fijó en ella al dejar su ropa en la orilla y se lanzó al agua caliente a los pies de la jovencita./ Ella, que parecía no tener nada que hacer, le sonrió y se irguió con cierta coquetería, como para atraerlo hacia su prometedor cuerpo sonrosado por el calor. Una segunda mirada reveladora le hizo darse cuenta de que era la hija de una geisha. Tenía una belleza enfermiza, en la que se podía presentir un futuro destinado a dar placer a los hombres [...] no le habría molestado en lo más mínimo que la tomara y la sentara, desnuda como estaba, sobre sus piernas.

La sensualidad, el erotismo, bautizan al mundo, y lo hacen con el lenguaje apropiado de las ritualidades, con la gestualidad igualmente apropiada de los ritos, particularmente en los orígenes, cuando la aurora amanece, aurora de los pueblos en la sierra, aurora en los pueblos de los indios, diría Arguedas, prototipo de la eras de inocencia.

4

Porque hay inocencia, novedad, es preciso nominar las cosas con los nombres que parecieran darles origen, apegados a los elementos, a las onomatopeyas de animales, viento, lluvia, ecos primigenios de la invención. Y la invención es única. Reproducible, acaso, de manera pálida, en las copias de serigrafía. Como decir de las palabras, reproducibles, qué duda, en sus traducciones inmediatas, no necesariamente satisfactorias a quien denomina los mundos de su memoria, que son los mundos de la inocencia o infancia, los mundos de los sentidos. Arguedas hubo la inmediatez de las palabras en su origen, resonaban en su interior cual filigranas delicadas, amorosas. Cómo no decir en su decir, por ejemplo: «¡Jatunrumi Tayta: yo no soy para ti hijo del blanco abugau; soy mak'tillo falsificado! ¡Mírame bien, Jatunrumi, mi cabello es como el pelo de las mazorcas, mi ojo es azul; no soy como para ti, Jatunrumi» (Arguedas, «Los estercoleros», 1974b).

Reflexiona el estudioso Ignacio Díaz Ruiz (1991, p. 32):

La obra de Arguedas tiene una gran influencia del idioma quechua; el autor se preocupó por hacer un riguroso trabajo para captar diversos aspectos de este idioma y expresarlos en su narrativa: «la resolución residía en encontrar en español un estilo que diera

por sus sintaxis, su ritmo y aún su vocabulario, el *equivalente* del idioma del indio. Los indigenistas reducían todo a una superchería fonética. Arguedas ha conseguido llevar a los lectores de habla española una *traducción* del lenguaje propio del indio. Y de este modo, pudo, a la vez, recrear en español el mundo íntimo del indio, su sensibilidad, su psicología, su mística: ya sabemos que todas las características emocionales y espirituales de un pueblo se hallan representadas en su lengua.

5

Comentaba al principio de esta contribución, mi propósito de llevar a cabo una evocación hacia un escritor a quien he admirado a lo largo de los años, una evocación a los mundos y memorias de ese escritor a quien he admirado a lo largo de los años, la evocación de otro escritor, desde las evocaciones memoriosas de que se nutre la literatura. He querido colocar las fichas de un juego, con claves más o menos reconocibles, para que un lector avezado pueda participar y darle forma mayor al collage. Decía que, como Arguedas, yo mismo he hecho antropología, creo, y literatura, creo; y como él, me fue dado compartir parte sustancial de mi vida entre comunidades y pueblos de indios, entre quienes fui adoptado en hermandad. Ciertos libros propios gustan formas arguedianas, si bien, fueron escritos con antelación a mi conocimiento de la obra del autor en cuestión. Lateralidades al margen, los mundos primigenios se nos van y nos invade la nostalgia. Acaso se van por el inevitable asedio, ahora sí, de la modernidad; acaso, perseveren en sus molduras y no más las veamos sino a través de eso, la nostalgia. Dice el propio Arguedas (1985, p. 25): «La gente del lugar no observa estos detalles, pero los viajeros, la gente que ha de irse no los olvida». Y habiéndome ido, no los olvido, a pesar de su densidad en las palabras escritas. Ahí se están, y en la memoria. Me mueve, entonces, desembocar esta participación, como en un segundo momento, adentrándome en los telones de la línea testimonial.

II

En el «Prólogo» al libro *Memorial del tiempo o vía de las conversaciones* (1987) anoté que había llegado a la zona norte de Chiapas con afanes organizativos y de desarrollo.

10

Concluye el libro con el enunciado: «Todavía anda la noche./ Todavía./ Todavía hay tiempo para sufrir./ Pero hay vez que va a haber cuando es que principia/ su crecimiento el pueblo, su arribo. Como si fuera/ que es resurrección el Santo Señor Jesucristo./ En misma forma es como se va a suceder/ su resurrección el pueblo. Su resurrección./ Al alba./ Bajo nuevo sol;/ tempranito en la madrugada/ es como se hará./ Tempranito./ Todos juntos son que se van a levantar. Juntos./ Van a llevar palos y coas. Como cuando amanece:/ cuando es que se van en sus milpas./ Así será el paso cuando es que se van a levantar;/ cuando se romperán las cadenas; cuando/ así se va a pasar. Bajo nuevo sol. Entonces, esa vez, entonces,/ se va a suceder cantos de alegría; son/ cantos de libertad. Con guitarra, con son./ Con son./ Tempranito, en la madrugada. Así será. Será./ Todos juntos./ Bajo nuevo sol. Bajo nuevo sol», *Memorial del tiempo*, en *Obra literaria reunida*, pp. 192-193.

Las condiciones para «el trabajo etnográfico eran inmejorables pero no era ese el propósito. Nos entregamos a lo que se llama vivir; a vivir con la gente y sus problemas». En el cuerpo del libro aparece parte de esa vida y le sirve de entretelón el Congreso Indígena y el anuncio de una sublevación al alba¹⁰. La selva aparece como un llamado desde el sueño, como una promesa, como una aspiración del Éxodo bíblico. La referencia a la selva, sin embargo, tiene en el narrador de *Memorial* un impacto singular con el cual transita su vida de una región a otra y cuya resolución mayor se alcanza en el libro *Ceremonial* (1992), libro este que comienza con la frase: «Mi abuelo era un tzotzil errante que salió de San Juan siendo pequeño aún, vagó, anduvo por pueblos, fue suya la posibilidad de la inquina y la muerte desde mucho antes de asentarse en el sitio de nuestra heredad» (Morales Bermúdez, 2007, p. 201).

El enunciado, reconociéndolo en el tiempo, guarda ecos de la frase de Arguedas (1985, p. 24) en *Los ríos profundos*, cuando el narrador dice: «Mi padre decidía irse de un pueblo a otro, cuando las montañas, los caminos, los campos de juego, el lugar donde duermen los pájaros, cuando los detalles del pueblo empezaban a formar parte de la memoria».

Para el caso de *Ceremonial*, en términos genéricos, un antropólogo interesado en procesos migratorios habría seguido a su informante desde su sitio de origen hasta su asiento en el lugar de colonización. Podría seguir paso a paso un derrotero singular. Para el escritor no ocurrió así. Fueron más bien las casualidades, esas diosas euripidianas, las que atenazaron sus pies y voluntad para llevarlo al cabo de incontables veces hacia la selva. Una voz había que lo llamaba, como esas voces de Juana de Arco en *La alondra* de Jean Anouilh. La voz fue creciendo a lo largo de su estancia entre los ch'oles; a lo largo de más de dos décadas; hasta cuando decidió publicar el breve libro *La espera* en el año de 1993. Con la decisión a cuestas consideró cierta la sentencia de Arguedas, en *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, donde anotó: «porque cuando se hace cesar el dolor, cuando se le vence, viene después la plenitud», y la colocó como su epígrafe. Mas nada cesa ni la plenitud subyuga. Los pliegues de la selva se reabren, las voces aquellas que el escritor creyó silenciadas rondan ya no sólo sus

oídos interiores, también los territorios del país y de otros continentes.

La escena comienza en una casa campesina tradicional: un rectángulo con paredes de bajareque, techo de palma, dividido por un cancel de madera. En el cuarto interior yace un moribundo; en el otro, en una cama que apenas cabe está sentada doña Soledad. En la parte de atrás, una cocina. Llega el promotor a visitar a los casi deudos del moribundo; es parte de sus rutinas. Es parte, también, de sus futuros imaginarios, como puede ejemplificarlo el fragmento 9 del capítulo III de *Ceremonial*. La visita de esta vez desencadena el discurso de doña Soledad, transmutada en *La espera* por doña Dolor, como también el promotor transmutará por Diego, el indígena anciano y sabio protagonista de *Memorial*. Merced a ese protagonista, interlocutor ahora de doña Dolor, *La espera* deviene en un fragmento de *Memorial* o en un fragmento de una etnografía literaria que se desplaza del Norte a la Selva de Chiapas y de la interacción de los mundos mestizo e indio, imbricados de manera consustancial. En efecto, el Diego de *Memorial* tiene como interlocutores –aparte de los, llamémosles, «caciques» del pueblo– a Hesiquio y su padre Indalecio provenientes del pinedismo en la Revolución; en casa de ellos comienza su destino, le es develado por doña Lencha la alcahueta, y se le confirma en el pueblo mestizo de Soyaló. Su colateralidad con el mundo mestizo le permite las coordenadas de su existencia.

El Diego de *La espera*, por el contrario, es el escucha de la protagonista doña Dolor. Las coordenadas de la vida de ella y de su hija se resuelven en esa conexión con el mundo indio. La mestiza curandera doña Dolor, como el curandero Diego, y como él tejedora si no de redes artesanales de redes sociales, bebedora, rezandera, guía, descurre en el diálogo con él los velos de los misterios que la enmarañan. Revisa su mundo, a la manera en que Diego ha hecho lo propio en *Memorial*. En el suyo, como en el de aquel, caben la degradación y la grandeza humanas. Cabe la añoranza por las festividades, el anhelo por circunstancias de más alto bienestar. Cabe, por sobre todo, el espíritu del siglo que es el espíritu de la transformación.

La primera transformación de doña Dolor ocurre a su salida de la finca Sinaloa

(Mazatán en la realidad) como consecuencia de la voluptuosidad del patrón. *Me gustan esas piernas* habría dicho este, le cuenta doña Lencha al Diego de *Memorial*, frase retomada por la relatora de *La espera* en su conversación con el nuevo Diego, Diego este identificado también como uno de «los compañeros» que procuran el cambio en la región, «compañero», a su vez, unido en línea directa con la hija de doña Dolor. Pues es la hija de doña Dolor el vértice de un movimiento de transformación que alcanza a todo el mundo indio, a la región, a otras regiones del país: un vértice mestizo que se extiende en círculos concéntricos hacia una extensa fraternidad. Esa hija de doña Dolor y cuanto ella representa –clandestinidad, guerrilla, utopía revolucionaria, unidad, sobre todo, o simbiosis de los mundos indio y mestizo, como a la postre lo ejemplifica el EZLN– es el tema de *La espera* y el bagaje dorsal de los otros dos libros. La conexión directa con *Ceremonial* se encuentra establecida en el fragmento 4 del capítulo IV que a la letra dice:

Por aquellos días salió un edicto del gobernador del estado merced al cual era menester congregarse en asamblea para llegar a efectuar un convenio y la asignación de centros de población. Era condición para la asamblea estar registrado en el padrón de un ejido y ser, por lo mismo, capacitado. Este empadronamiento tenía como finalidad frenar un poco el desconcierto. Iban todos a empadronarse, cada uno en su ejido. Yo me encontraba en el Limonar, con mi familia, pero no había sitio allí, porque nadie me conocía. Partí, pues, a la búsqueda de alguien de mi casa: mi hermano Julio, pues él me precedió en mi aventura de la selva. Yo había sabido de su asiento en el Diamante y hacia allá partí, pero no estuvo en mi posibilidad encontrarlo sino el rescoldo de la muerte. Los habitantes me dijeron: *Unos soldados vinieron por la selva; se presentaron diciendo: «¿dónde están los guerrilleros? Pues hemos seguido sus pasos desde muchos días y preciso es en nosotros detenerles».* Convocaron a todos los ancianos y autoridades del pueblo, y por ellos trataban de averiguar el lugar donde se encontraban los guerrilleros. Ellos dijeron: «en el Diamante, en el Diamante están, dentro de una choza. Pues ellos vinieron famélicos y agobiados, reptando casi al legar al caserío, alta la noche ya, y pues era preciso darles alimentación y posada, su pozol, sus tortillas, un poco de agua les dimos y una casita donde habitualmente se hacen las

juntas del ejido. Es menester dar ayuda al desvalido, mas nada en la intención del pueblo se suma a la de los hombres armados». Entonces el jefe de los soldados se enfureció terriblemente y luego de golpear a quienes andaban cerca, envió a matar a quienes se encontraban en la choza. Larga fusilería se escuchó y clamor y el correr de la sangre. Sacaron los cuerpos de aquella gente, los periodistas tomaron fotografías, los metieron en bolsas de polietileno y partieron una vez saciada su ansiedad de muerte y su saña de escurrimiento sobre nuestro pueblo.

Cuando me platicaron de aquellos sucesos y según como tratara de enterarme de sus maneras y rostros, me llegó honda la tristeza, el llanto, pues allí reconocí a la hija de doña Dolor, y *no me pude consolar pues ya no existe*, pues ya no existe el corazón, el noble corazón donde se albergaba el anhelo de la esperanza, de lo bueno, de lo justo. Y como supiera de ser otro el asiento de mi hermano, y en memoria de la hija de doña Dolor, *arreglé mi equipo como un equipo de desterrado, de día, ante sus ojos; y salí por la tarde, ante sus ojos, como salen los desterrados.*

Efectivamente, el año de 1974 tuvieron lugar los sucesos militares que diezmaron a los miembros de las Fuerzas de Liberación Nacional en el Diamante, una región en el segundo valle de Ocosingo. Sabemos ahora, pues desde 1994 ha proliferado cierto nivel de información, de la sobrevivencia de por lo menos uno de aquellos emboscados, el cual habría restaurado la organización, por un tiempo significativa en la vida del país. Conocemos la reciente tesis de Adela Zedillo en la UNAM, que da cuenta con meticulosa sobriedad de ese proceso de restauración. Sabemos, también, de otros que murieron en casas de seguridad, ajusticiados o en combate, en otros lados. Pero no es el objeto de esta intervención. Como en el caso del «Prólogo» de *Memorial*, habría sido posible seguir esa ruta, estuvo todo a nuestro alcance menos el propósito. Sólo el propósito de proseguir tras el fenómeno humano, tras el dolor humano, prolongación de ese dolor humano como una cadena que fuera, un hilo de Ariadna en la aventura por los laberintos de la esperanza.

El fragmento 4 del capítulo IV que retraje una página atrás es referido por un narrador con origen en el Norte de la entidad. Su relación con doña Dolor o con su hija guerrillera debe ser estrecha pues conoce claramente la



Jasunari Kawabata

11

Es conocido por la generalidad de personas, el levantamiento, en Chiapas, del Ejército Zapatista de Liberación Nacional la madrugada del primero de enero de 1994, un poco en el tono enunciado por *Memorial del tiempo o vía de las conversaciones* de 1987.

forma de ser de esa hija y el destino que tuvo; sabe, también, del papel pasivo de los campesinos ante el hecho, su carencia de solidaridad hacia los guerrilleros, a la postre devenida en vergüenza en ellos. Por eso el narrador se va del lugar: no quiere ser parte de la vergüenza, como tampoco querrán serlo en adelante los ejidatarios de la selva. Y no querrán serlo porque ya saben de ella: han nacido a la conciencia y a la culpa gracias a la práctica conversa de la Iglesia Católica, al Congreso Indígena y a la afluencia de organizaciones independientes y contestatarias. No en balde la trama del relato se engarza con uno de los relatos del Evangelio de Mateo y con los pregones del profeta Ezequiel.

No que la Iglesia tuviera un protagonismo paritario al de las organizaciones independientes pero participaba del horizonte contestatario y utópico de la época y con un nivel de influencia superior, quién sabe si ocurre aún ahora. En buena medida el nivel de influencia lo da a conocer doña Dolor al inicio de *La espera*. No se extiende más porque no es, tampoco, esa su preocupación. La aspiración suya es, en términos extensos, la aspiración de su hija, la revolución; en términos concretos, la vuelta de su hija. Pero nada vuelve y nadie vuelve. Ella misma lo dice: «¿La vuelta? Imposible. Lo más a encontrar, el desencanto: no era eso, pero fue, o estuvo. Fija el alma quedó, en los umbrales, cuando debió marchar, como la vida». La posibilidad que doña Dolor intuye –y como ella los campesinos de la región– para encontrarse con su hija, con el futuro, es la de sumarse a la colectividad del cambio, resguardando a aquellos que lo impulsan y cooperando con ellos, aún por encima de sus recíprocas desconfianzas, como ocurría en toda la región a lo largo de los años ochenta. No le queda otro camino: la lectura desencantada de su vida se lo hace ver así, lo mismo que las propias organizaciones y la Iglesia llevan a cabo la lectura desencantada de la vida de los pueblos. El interlocutor de doña Dolor, los compañeros de él son parte del proyecto de su hija y transmutan para ella en su hija vuelta proyecto. Nunca nombra el nombre de las organizaciones pues su hija es también innombrada, «si (acaso) es rumor entre la fronda..., abono de la selva, caudal del Usamacinta». Pero nos hace notar la existencia de ellas. No guardan relevancia mayor para

sus cuitas. No importa si son las FRAP en Unión Juárez, donde llevaron a cabo el primer ejercicio armado de la región, con saldo de una patrulla federal diezmada y los consecuentes patrullajes militares y los desplazamientos de parte de la población a Pico de Oro en la Selva Lacandona; no importa si son las avanzadas de la Liga Comunista 23 de Septiembre y su inadaptación y su pronto retiro; no importa si es «La Copa», ese germen regional, la primera en conectar Norte, Selva Ocosingo-Altamirano y parte de las montañas de Los Altos. La historia de la militancia armada o clandestina en la región álgida de Chiapas está todavía por hacerse. También la etnografía de la militancia, una etnografía de urgencia pues de acuerdo al decir de doña Dolor «cambia la configuración, se disuelve... ¿La vuelta? Imposible... Lo que no puede cambiar está destinado a desaparecer».

Cuando pienso en la etnografía de la militancia y del clandestinaje en Chiapas pienso también en la persistencia de las comunidades cerradas o en el utopismo contemporáneo de quienes desean permanecerlas cerradas. Sin embargo se mueven, se abren, se rompen, se contradicen, se diversifican. Mirarse en el todo, así sea por un instante, permite la continuidad del camino, reflexiona doña Dolor.

En términos de literatura, y por su propia naturaleza de ansiarse en el fenómeno humano, en la continuidad del dolor humano como se anotaba renglones atrás, se ha alcanzado la sublevación al alba¹¹ y la radiografía de un dolor preciso: el de una madre ante el sacrificio heroico y anónimo de su hija. El interlocutor, Diego, el escritor, conoció las voces de esa madre, supo los fragmentos de esas voces a lo largo de largos años. Palabras, actos, llantos, los abrevó con la curiosidad y meticulosidad de un médico legista. Todo lo guardó en su corazón. Las voces similares a las de *La alondra* de Jean Anouilh de que ya hiciera mención, son estas voces, voces de doña Soledad, doña Dolor que persiguieron al escritor como las Erinias persiguieron al tierno Orestes. Partió con ellas, primero a la selva. Por años recorrió cañadas, poblados, en promoción y organización pero a la escucha, también, de la memoria de los sucesos armados de 1974. Fue hacia el Diamante, recogió testimonios. Tuvo un afán eminentemente literario de encontrarse algún cua-

dernillo, alguna libreta, con anotaciones y poemas, particularmente de la hija de doña Dolor. Podría así comenzar una novela, al estilo del *Gog* de Papini o del *Manuscrito encontrado en Zaragoza* de Jan Potocki, narrando que todo el relato se desprende de un documento auténtico. Y así intentó hacerlo por más de una década después de su primer viaje por la selva, instalado en unas oficinas de la ciudad de México. Pero la realidad no es tan amable con la literatura. Tres versiones de la novela, por lo menos, fueron desechadas: se extendían en demasía y se afanaban más en «la literatura» que en el hecho de narrar. Hasta cuando un día el escritor comparó sus escritos con los santos de Chamula: tantos vestidos sobrepuestos impiden ver la talla original; tantos capítulos de más, siendo tan breve la sustancia.

El golpe formal en cuya pura formalidad hubo una inversión de cinco años evidencia lo fútil de ese deseo por un cuadernillo de notas. Sobre todo porque en El Diamante no quedaba nada. Más aún, la referencia de doña Dolor al Diamante reviste la connotación literaria voluntariosa de entramar los nodos dispersos en una sola geografía, la geografía de Chiapas, en el contexto de una irrupción armada de largo aliento. Ocurre así en verdad: el Norte de Chiapas, sitio de doña Dolor y de su hija, ha sido y es semillero fértil de cuadros para el EZLN. El primerísimo de ellos, la propia hija de doña Dolor. Mas no fue el Diamante el sitio exacto donde le alcanzó la muerte. Doña Soledad lo sabía y el mundo, también, a través de la prensa. Ahora que gentes, militantes, del país y del mundo se recrean con las manifestaciones zapatistas (como cuando la Marcha por la paz con justicia y dignidad), los municipios autóctonos, etcétera, y los zapatistas se recrean con el país y el mundo, como en la pasada Cumbre Mundial de turismo alternativo en que gastaron bromas algunos tour operadores, y la cobertura mediática alcanza hasta el último rincón, séame aceptado este breve recordatorio a una de sus precursoras, muerta en un enfrentamiento en una casa de seguridad en Nepantla, estado de México, la noche del 27 de Marzo de 1974, hace veintisiete años: Carmita Ponce Custodio, la innostrada hija de doña Dolor en *La espera* y en *Ceremonial*. Una evocación a su madre, doña Soledad, doña Dolor, anciana ya, y anhelante perducible de las voces de su hija.

Bibliografía

- Arguedas, José María (1974a), *El Sexto*, Buenos Aires, Editorial Losada.
- Arguedas, José María, (1974b) «Los escoleros», en *Relatos completos*, Buenos Aires, Editorial Losada
- Arguedas, José María (1985), *Los ríos profundos*, Bogotá, La oveja negra.
- Casanova Giacomo (1982), *Memorias*, trad. Gloria Camarero, Madrid, España, Aguilar, Cuatro tomos.
- Castellanos, Rosario (1957), *Balun Canán*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Coloma, Luis (1916), *Pequeñeces*, Bilbao, España, El mensajero del Corazón de Jesús.
- Díaz Ruiz, Ignacio (1991), *Literatura y biografía en José María Arguedas*, México, UNAM.
- Kawabata, Jasunari (2011), *Historias de la palma de la mano*, Traducción de Amalia Sato, Barcelona, Emecé editores.
- Marai, Sandor (2006), *Confesiones de un burgués*, trad. Judit Xantus Szarvas, Barcelona, España, Salamandra.
- Morales Bermúdez, Jesús (1994), *La espera*, México, Cifra ediciones.
- Morales Bermúdez, Jesús (1997), *Memorial del tiempo o vía de las conversaciones*, México, Katún.
- Morales Bermúdez, Jesús (2000), «La Castalia», en *Divertimenta*, México, Verdehalago.
- Morales Bermúdez, Jesús (2007), «Por los senderos de lo incierto», en *Obra literaria reunida*, México, Juan Pablos & UNICACH.
- Morales Bermúdez, Jesús (2007), «Helena», en *Obra literaria reunida*, México, Juan Pablos & UNICACH.
- Morales Bermúdez, Jesús (2007), *Ceremonial o Hacia el confín. Novela de la selva*, en *Obra literaria reunida*, México, Juan Pablos & UNICACH.
- Morales Bermúdez, Jesús (2007), *Memorial del tiempo* en *Obra literaria reunida*, México, Juan Pablos & UNICACH.
- Morales Bermúdez, Jesús (2007), «El viaje», en *Por los senderos de lo incierto*, *Obra literaria reunida*, México, Juan Pablos & UNICACH, pp. 499-503.
- Morales Bermúdez, Jesús (2007), «Las dichas de don Diego», en *Las criaturas de Prometeo*, *Obra literaria reunida*, México, Juan Pablos & UNICACH, pp. 463-467.

- Morales Bermúdez, Jesús (2007), *Ceremonial o Hacia el confín. Novela de la selva*, en *Obra literaria reunida*, México, Juan Pablos & UNICACH.
- Neruda, Pablo (1995), *Confieso que he vivido, Memorias*, México, Seix Barral.
- Primer encuentro de narradores peruanos. Arequipa 1965*, (1969), Lima, Casa de la Cultura.
- Rossi, Alejandro (2006), *Edén. Vida imaginada*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Tolstoi, León (1956), *Infancia, adolescencia y juventud*, trad. Irene y Laura Andresco, Madrid, España, Aguilar.
- Unamuno, Miguel de (1951), *Recuerdos de niñez y mocedad*, en *Obras completas Tomo I*, Madrid, Afrodasio Aguado, S. A.
- Vico, Giovanni Batista (1948), *Autobiografía*, trad. Felipe González Vicen, España, Espasa Calpe, Col Austral, N° 836.

Fecha de recepción: 06/02/2012

Fecha de aceptación: 22/10/2012